



Boletín semanal sobre
la parashá de la semana

PÁJAD DAVID

Publicado por las Instituciones Mikdash Ledavid, Israel

Bajo la presidencia y los auspicios del honorable, Morenu Verabenu, Ribí David Jananiá Pinto, shlita

Hijo del Tzadik, experimentado en milagros, Ribí Moshé Aharón Pinto, zatzal, y nieto del sagrado Tzadik, experimentado en milagros, Ribí Jaím Pinto, ziaa

maskil LEDAVID

**Yitró, gracias a su grandeza,
mereció todo el mundo y lo
que hay en él**

“Y le dijo Moshé a Jovev ben Reuel, el *midianí*, suegro de Moshé: ‘Viajamos hacia el lugar que dijo Hashem que «os dará a vosotros». Ven con nosotros y te beneficiaremos, pues Hashem habló bien acerca de Israel’. ✽ Le dijo [Yitró a Moshé]: ‘No iré sino solo a mi tierra; y al lugar de mi nacimiento iré.’” (Bamidbar 10:29-30)

Moshé Rabenu y su suegro Yitró tuvieron una conversación interesante y asombrosa. Moshé Rabenu le suplicó a su suegro que no abandonara a los Hijos de Israel y continuara con ellos hasta la Tierra de Israel. Moshé incluso le aseguró que lo iba a beneficiar con una posesión en la Tierra de Israel. Yitró, por su parte, rehusó la sugerencia de su yerno de continuar con los Hijos de Israel, y le dijo: “No iré sino solo a mi tierra; y al lugar de mi nacimiento iré”.

Esta conversación exige una explicación. Después de que escuchó acerca de la partición del Mar Rojo y de la guerra que libró Amalek contra los Hijos de Israel, Yitró abandonó todo su honor en Midián para dirigirse al medio de la nada en el desierto y escuchar palabras de Torá y tomar parte en el legado de Hashem. Y no solo eso, sino que toda una parashá de la Torá lleva el nombre de Yitró a causa del buen consejo que éste le dio a Moshé. Además, otro de los nombres de Yitró es Jovev debido a que en hebreo el término *jivev* significa ‘le tuvo afecto’, y Yitró mereció ese apelativo por su inmenso amor a la Torá. Con todo lo dicho, ¿cómo pudo ser que Yitró no accediera a la súplica del líder de la generación, quien le pedía que permaneciera con ellos y “fuera para ellos sus ojos”?

Moshé Rabenu quería que Yitró permaneciera con los Hijos de Israel para que él fuera “ojos” para ellos; es decir, para que los ojos de los Hijos de Israel vieran cómo aquel que en el pasado había sido el sacerdote de Midián y había servido todas las idolatrías que alguna vez hubieran existido, había

abandonado todo, incluso su honor, su familia y sus posesiones, para ir en pos de la sagrada Torá. Así, los Hijos de Israel aprenderían de su ejemplo. Pero Yitró le respondió a Moshé Rabenu: “No iré sino solo a mi tierra; y al lugar de mi nacimiento iré”.

La respuesta de Yitró es particularmente sorprendente, según nuestros Sabios y Rashí: “¿Por qué Yitró quiso irse? ¿Acaso por sus posesiones y familia iba a dejar a los Hijos de Israel y el lugar donde se posó la *Shejiná*?”.

Vamos a explicar razonablemente dicho comportamiento. Sin duda, Yitró no pensaba en volver a Midián para disfrutar de su familia o placeres materiales. Sus intenciones eran distintas. Yitró fue un converso justo y un ejemplo sobresaliente para los Hijos de Israel en cuanto al amor por Hashem y su ansia por recibir la Torá. No quería ser justo únicamente en el desierto, quería probar si mantenía su justicia aun fuera del campamento israelita y en Midián. ¿Podría seguir siendo justo y resistir la tentación incluso en un ambiente idólatra?

Por eso, Yitró no se dejó convencer por la oferta de Moshé Rabenu de recibir una porción en la Tierra de Israel, ya que no le interesaba recibir una porción destinada a los hijos de Abraham, Yitzjak y Yaakov sin esfuerzo propio. Quería luchar contra la Inclinación al Mal mediante la Torá adquirida y desarraigar malas cualidades en el mismo lugar donde las había adquirido. Solo después de lograr esto, él regresaría a unirse con los Hijos de Israel junto a su familia.

Es probable que Yitró en el desierto hubiera podido llegar a ser más grande de lo que podría haber sido en Midián, ya que Moshé Rabenu le pidió que permaneciera. No obstante, Yitró deseaba santificar el Nombre del Cielo en Midián y quizás convertirse en un ejemplo para su familia y compatriotas, esperando influenciarlos positivamente.

La Torá nos relata este episodio para enseñarnos que “El estudio no es lo principal, sino el hecho de ponerlo en práctica” (*Tratado de Avot 1:17*). Es decir, aunque uno se dedique a la Torá constantemente, lo importante es aplicarla en la vida cotidiana. Tal como sucede cuando los jóvenes dejan la yeshivá, deben aplicar los conocimientos adquiridos.

Yitró quiso enseñar a su familia y compatriotas la importancia de la práctica.

Continúa en la pag. 2 >>>

18 de síván de 5785
14 de junio de 2025

938

Behaalotejá



Hilulá

18 de síván
Ribí Aharón Cohén,
Rosh Yeshivá de Jevrón.

19 de síván
Ribí Shemuel Hominer,
autor de Éved Hamélej.

20 de síván
Ribí Jaím Mordejay Levatón,
autor de Nójaj Hashulján.

21 de síván
Ribí Shimón Sofer,
autor de Hit-orerut Teshuvá.

22 de síván
Ribí David Jayat.

23 de síván
Ribí Yaakov Pollack.

24 de síván
Ribí Abraham Salem.





DEL TESORO

Basado sobre las enseñanzas del Gaón y Tzadik, Ribí David Jananiá Pinto, *shlita*

La costumbre puede ser una gran desventaja en el servicio a Hashem

Dice el versículo (*Bamidbar* 11:5-6): “Recordamos el pescado que comíamos en Egipto gratis; los calabacines y las sandías [...] y ahora estamos secos, no tenemos nada si no el *man* en los ojos”.

Esto causa mucha extrañeza. ¿Por qué los Hijos de Israel prefirieron la ingestión de calabacines y sandías a la del *man*? ¿Si dijeron nuestros Sabios, de bendita memoria (*Tratado de Yomá* 75a), que el *man* tenía cualquier sabor que uno quisiera! Y, además, aprendemos que a los Hijos de Israel les caía junto con el *man* gemas y joyas para las mujeres.

El *man* es un pan espiritual que los ángeles ministeriales comen, como dice el versículo (*Tehilim* 78:25): “El pan de los portentosos comió el hombre”. Siendo así, ¿por qué Israel no se maravilló con el *man*? Y no solo eso, sino que ¡hablaron mal de él!

La respuesta reside en el poder de la costumbre. Ciertamente, cuando los Hijos de Israel vieron caer el *man* por primera vez, no se podía describir o estimar la enorme maravilla por dicho milagro. Y cuando lo comieron y vieron que el *man* tenía el sabor de todo alimento que hubieran querido, se emocionaron sobremedida. No obstante, poco a poco, la fuerza de la costumbre fue apoderándose de ellos, y no pudieron ver más el gran beneficio que implicaba el *man*.

Y la persona debe aprender de la cualidad de su Creador, Bendito sea. En la plegaria de Shajarit, decimos en la bendición de Yotzer Or: “*uvtuvó mejadesh bejol yom tamid maasé Bereshit*” (‘y por Su bondad renueva, en cada día, siempre, el acto de la Creación’). Cada día Hashem *Yitbaraj* renueva la maravillosa Creación, e insufla vida en ella. Así, recae sobre la persona la obligación de cumplir las mitzvot y estudiar Torá, y renovar su emoción en el servicio a Hashem como si fuera la primera vez que se aproximara a lo sagrado.

>>> Continuación de la pág. 1.

Si los residentes de Midián no aceptaban sus enseñanzas, entonces, él volvería con los Hijos de Israel y la Tierra Sagrada.

Un hombre debe recordar que lo principal es la puesta en práctica de la Torá. De lo contrario, puede renegar de ella, incluso si se ha dedicado intensamente a su estudio, debido a que su intención sería el honor personal. Un hombre así es comparable a un soldado sin uniforme, quien necesita recordar siempre sus deberes.



PERLAS DE LA PARASHÁ

Reflexiones inspiradoras

Limpio y depurado de la cualidad de la altanería

“Y el hombre Moshé era muy humilde, más que todo hombre.” (*Bamidbar* 12:3)

“Cabe precisar –dice Ribí Shimón Abecasis, *zatza*l, en su libro *Aj Tov Leisrael*–, que bastaba con que el versículo dijera ‘y el hombre Moshé era humilde, más que todo hombre’, sin la palabra ‘muy’, la cual, aparentemente, es redundante”.

Para explicarlo, citó las palabras de la Guemará (*Tratado de Sotá* 5a): Dijo Ribí Jiyá bar Ashé que dijo Rav: “Un *Talmid Jajam* debe tener una octava parte de la octava parte de la cualidad del orgullo”. Siendo así, lo apropiado habría sido que Moshé Rabenu, quien era el gigante de la generación, tuviera, por lo menos, una octava porción de un octavo de la cualidad del orgullo.

Por eso, la Torá acentúa que “Y el hombre Moshé era ‘muy’ humilde, más que todo hombre” a modo de elogio; es decir, no tenía ni siquiera la octava parte de un octavo de la cualidad del orgullo, no tenía el más remoto rastro de altanería.

Hablar bien de los Hijos de Israel

“Porque Hashem habló bien acerca de Israel.” (*Bamidbar* 10:29)

La expresión “habló bien” figura dos veces en todo el Tanaj. La primera vez, en la parashá de *Behaalotejá*; y la segunda, en la *Meguilá de Ester*: “Habló bien acerca del rey”.

“Existe aquí una alusión maravillosa a un fundamento muy importante –dice el autor de *Igrá Decalá*– que nos enseña que todo el que habla bien de Israel es como si hubiera hablado acerca del Rey, es decir, el Rey del Universo”.

Y, obviamente, funciona también en sentido negativo: todo el que habla mal de Israel ¡es como si –*jas veshalom*– hablara mal del Rey que es el Rey del Universo!

Así explica el autor del libro *Revid Hazahav* el versículo: “tal como haga un defecto en el hombre, así se le hará a él”; es decir, el que le hace un defecto a un hombre, ¡es como si –*jas veshalom*– le hubiera hecho un defecto a *Hakadosh Baruj Hu*!

Por eso, toda persona tiene que pensar bien de su compañero y no correr a sacar conclusiones equivocadas en contra del prójimo, y así denigrarlo o decir calumnias acerca de él.

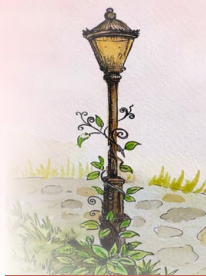
Hay un tipo de llanto y hay otro tipo de llanto

“Debido a que lloraron a los oídos de Hashem, diciendo: ‘¡Quién nos diera de comer carne, pues estábamos bien en Egipto!’, y les dará Hashem carne y la comerán.” (*Bamidbar* 11:18)

Rabenu el Or *Hajaím Hakadosh*, *záa*, pregunta: cuando un hombre tiene una angustia, llora delante de Hashem. ¿Por qué, entonces, los Hijos de Israel fueron castigados por llorar?

Responde el Or *Hajaím Hakadosh* que existe un tipo de llanto y existe otro tipo de llanto. Existe el llanto que surge de la esperanza y la súplica por misericordia; es decir, el hombre llora, con fe en que *Hakadosh Baruj Hu* lo ayudará. En contraste, existe otro llanto que surge del hombre que ha perdido la esperanza y, por así decirlo, no cree que tiene salvación –*jas veshalom*–.

Éste fue el argumento de los Hijos de Israel, que “lloraron” en desesperanza y carentes de fe. Ellos habían determinado de forma fija “quién pudiera darnos de comer carne”, pues no había quien pudiera ayudarlos en ese sentido. Y no es que ellos rezaron y suplicaron con la esperanza de que Hashem les concediera lo que pedían; no. En su pedido con llanto, había mezcla herejía y profanación del Nombre de Hashem; por ello, fueron castigados.



Bamsilá naalé

Pasajes de fe y confianza en Hashem de la pluma de *Morenu Verabenu*, el Gaón, el Tzadik, Ribí David Jananiá Pinto, *shlita*

Providencia Divina al pasar por aduana

En una de mis tantas visitas a México, se me aproximó un hombre muy adinerado, dueño de muchas propiedades. Me pidió que le aconsejara respecto de uno de sus tantos negocios, pues él tenía dudas de dónde hacer su próxima inversión. Debido a que yo no tenía tiempo disponible en ese momento, ya que tenía que viajar a Francia, le dije que me diera los documentos con los detalles de aquel negocio y cuando llegare a Francia iba a estudiar el caso para darle una respuesta.

Coloqué aquellos documentos importantes —los cuales detallaban asuntos que involucraban sumas exorbitantes de dinero— en mi maletín personal, a pesar de que sabía que ello implicaba cierto peligro, si los oficiales de aduana en el aeropuerto en Francia descubrían esos documentos en mi poder, porque entonces yo sería detenido para investigación respecto de aquellos negocios de enormes sumas.

Cuando llegué al aeropuerto en Francia, el oficial de aduana me preguntó si tenía en mi poder algo que estuviera susceptible de impuestos. Les respondí negativamente y el oficial me preguntó cuál había sido el propósito de mi visita a México. Le expliqué que había viajado para reforzar a la congregación judía del lugar. Le dije: “Soy un Rabino, no un hombre de negocios. No tengo nada de tratos”. No obstante, por algún motivo, aquel oficial no se mostró convencido, y me pidió abrir el maletín y mostrarle qué tenía dentro. Y he aquí que, al abrir el maletín, se revelaron aquellos documentos de negocios con altas sumas de dinero que aquel hombre adinerado de México me había dado para revisar.

Un gran temor me invadió en ese momento, pues sabía que si revisaban aquellos documentos iban a abrir una investigación en mi contra para obtener una explicación del motivo por el cual aquellos documentos estaban en mi maletín. Está de más decir que en esos momentos no tenía fuerzas para ponerme a dar explicaciones detalladas, pues acababa de pasar toda una semana cargada de seminarios, charlas y demás actividades para ameritar al público y ayudar a la congregación. Asimismo, tenía planeado ir al hospital, directamente desde el aeropuerto, para visitar a un preciado judío convaleciente, cuya familia me había pedido que fuera a animarlo, y me estaban esperando con ansiedad para que lo bendijera. Al percatarme de esto, elevé mis ojos en plegaria silenciosa al Creador para que me salvara de esta angustia en la que había caído.

Transcurrieron tan solo unos minutos, que para mí fueron una eternidad, y de pronto, el oficial de aduanas me dijo que estaba libre, a la vez que me entregaba mi pasaporte sellado...

Ésta es una más de las miles de anécdotas acerca de providencia Divina que me acompaña en todo momento de mitzvá, y con las que veo fehacientemente y con claridad cuánto *Hakadosh Baruj Hu* me ayuda. Una gran *siatá Dishmaíá* (‘ayuda Celestial’) me acompaña a cada paso que doy en mi camino por la vida; todo esto gracias al mérito que procuro para las multitudes. *Hakadosh Baruj Hu* ve cuánto me esfuerzo para acercar los corazones de Sus hijos a las mitzvot, y, en verdad, esto requiere de una gran entrega total. Ese es todo mi propósito sobre la faz de la tierra: santificar Su Nombre sagrado en el mundo y difundir la luz de la Torá entre las masas. Por eso, Él me ayuda, aun por encima de las reglas de la naturaleza; y ya dijeron nuestros Sabios, de bendita memoria (*Tratado de Shabat* 104a): “Al que quiere purificarse, lo ayudan [del Cielo]”.



DIYRÉ JAJAMIM

Deshacerse de los resentimientos

“Y el hombre Moshé era muy humilde, más que todo hombre que estuviera sobre la faz de la tierra.” (*Bamidbar* 12:3)

Los alumnos y allegados del Gaón, el jasid, Ribí Ben Tzión Abá Shaúl, *zatzal*, Rosh Yeshivá de Porat Yosef, atestiguan que él sobresalía en la cualidad de la piedad, propia de los jasidim, quienes aun cuando son insultados, no se ofenden; y si escuchan su oprobio, no rebaten.

El Gaón y Tzadik, Ribí Meír Abujatzera, *ziaa*, dijo en una ocasión a sus allegados que en todo el mundo no había un judío tan grande como Ribí Ben Tzión. Cuando le preguntaron: “¿A qué se debe que engrandezca de tal forma a Ribí Ben Tzión? ¿Si su padre, Ribí Israel Abujatzera, el Baba Sali, *ziaa*, aún se encuentra en vida! ¿Cómo puede decir acerca de otra persona que ‘no hay grande como fulano en el mundo’?”. Ribí Meír les respondió: “No estoy hablando de un ángel, estoy hablando de hombres de carne y sangre. Mi padre, el Baba Sali, más que un hombre, es un ángel. Yo me referí a las condiciones de los hombres que viven entre nosotros y ven el mundo tal como nosotros. Ribí Ben Tzión llegó a niveles muy elevados ¡y no veo que alguien lo haya podido superar!”.

El propio Ribí Ben Tzión le dijo una vez al reconocido *Mohel*, Ribí Mordejay Sasón: “Dicen acerca de mí que curo a los enfermos con mis bendiciones. ¡Pero debes saber que ello se debe a que no tengo en el corazón ni el más remoto resentimiento contra ninguna persona en todo el mundo!”.

En esa misma ocasión, Ribí Ben Tzión le reveló algo acerca de la enfermedad temible que aflige con gravedad a todo el mundo: el cáncer, que en hebreo se traduce como *sartán*. Le dijo: “Debes saber que la palabra *sartán* es un acróstico de las palabras en hebreo *sar tiná*, que quiere decir ‘quita el resentimiento’”.

En el libro *Or Letzión*, cuenta el hermano de Ribí Ben Tzión:

Una noche entraron unos ladrones a nuestra casa y nos robaron todo lo de valor que teníamos. La sensación que tuvimos al regresar a la casa y encontrar aquella fechoría fue terrible. Todo estaba revuelto; los cajones, fuera de lugar; y todas nuestras pertenencias, tiradas por doquier. Los libros estaban tirados por el piso; el congelador, abierto por completo, los armarios abiertos y todo tirado. Unos extraños habían entrado, profanado nuestro hogar y habían dejado todo un desastre. La vitrina en donde se encontraban los candelabros, la copa de plata y la vasija de plata para las hierbas aromáticas de Havdalá ahora estaba vacía. Se habían llevado todas las joyas. No hay forma de describir la dura sensación que tuvimos. Poco tiempo antes de esta tragedia había sucedido también algo así en casa de mi hermano, Ribí Ben Tzión, donde habían entrado y robado todas las joyas de su esposa, la Rabanit. Obviamente, nos angustiamos mucho por su dolor, pero cuando eso mismo le sucede a uno, ¡la aflicción y la sensación de ultraje son setenta veces más fuertes!

Con mucho dolor, los miembros de mi familia fueron a avisarle a Ribí ben Tzión acerca de lo sucedido. Le contaron a la Rabanit acerca del robo y que ya habíamos llamado a la policía, y los oficiales habían investigado la escena y tomado las huellas digitales. Cuando la Rabanit escuchó aquello, se afligió muchísimo y dijo: “Ahora me acuerdo de que, en casa, al primer momento que mi esposo vio que habían entrado a robar, dijo: ‘¡Los perdono, los perdono! No quiero volver a este mundo en reencarnación por dinero’”.

Cuando escuché aquello me asombré. ¿Eso fue lo primero que él había dicho? ¡A qué nivel había llegado!

¡Quién pudiera actuar así!

UN ENFOQUE NUEVO SOBRE LA PARASHÁ

En el Cielo son meticulosos con el honor de los Sabios



“¿Y por qué no temieron hablar acerca de Mi siervo Moshé?” (*Bamidbar* 12:8).

Miryam fue avergonzada delante de todo el Pueblo de Israel debido a que había ofendido a Moshé Rabenu, a pesar de que a Moshé mismo no le había importado lo que habían hablado de él sus hermanos, por su gran humildad. Esto se ve expresado también en la anécdota que cita la Torá en esta parashá, pues Eldad y Medad habían comenzado a decir profecías en medio del campamento de Israel y, en lugar de ofenderse porque había otros profetas aparte de él, Moshé Rabenu dijo: “¡Cuánto quisiera que todos los Hijos de Israel fueran profetas de Hashem!”.

Nuestros Sabios, de bendita memoria, nos advirtieron acerca de cómo conducirnos con los *Talmidé Jajamim*, en la Mishná (*Tratado de Avot* 2:10): “Y sé cuidadoso con las brasas de ellos (los *Talmidé Jajamim*), no sea que te quemes, pues su mordida es como la mordida de un zorro; y su picadura, como la picadura de un alacrán; y sus susurros, como el susurro de un ángel; y todas sus palabras, como brasas de fuego”.

En este tema, se cuenta una escalofriante anécdota acerca de los dueños de la imprenta Slavuta. Ribí Moshé, el hijo de Ribí Pinjas de Kóritz, y sus hijos, quienes estaban adiestrados en el oficio de la impresión de libros y se dedicaban a ello, obtuvieron el consejo de abrir una imprenta en la ciudad de Slavuta, Ucrania, e imprimir allí todos los tomos del Shas —todo el Talmud en su totalidad— con gran embellecimiento.

Cuando Ribí Moshé y sus hijos se dispusieron a comenzar con dicha labor sagrada, se dirigieron a los grandes de la generación para que les escribieran cartas de consenso de que, a lo largo de diez años desde la conclusión de tal proyecto, nadie más pudiera publicar el Shas, pues esto se consideraba “incurrir en los límites del compañero”.

En efecto, los grandes Sabios y Rabinos accedieron sin problema. Entre ellos, se contaba el *Jatam Sofer*, el Gaón, Ribí Akiva Eiger, y demás. De modo que Ribí Moshé y sus hijos se acreditaron el mérito e imprimieron todo el Talmud con mucho embellecimiento; un proyecto que les tomó unos cinco años. Muchos fueron los que saltaron a la oportunidad de comprar dicho Shas, y a lo largo de varios años se vendieron casi todas las copias. Ribí Moshé y sus hijos, quienes eran socios en la empresa de impresión, pensaron volver a imprimir el Shas en su imprenta, pero se enteraron

de que Ribí Menajem Mann, de la ciudad de Vilna, patriarca de la familia Ram, también se había propuesto imprimir todo el Shas en Vilna, a pesar de que todavía no habían transcurrido los diez años desde que habían terminado de imprimir el Shas de Slavuta.

Los impresores de Slavuta se dirigieron a los grandes Rabinos, entre ellos, al Gaón, Ribí Akiva Eiger, exigiendo que se publicara que a la imprenta de Vilna le estaba prohibido imprimir el Shas, bajo la premisa del consenso inicial de la impresión de Slavuta.

Después de que Ribí Akiva Eiger escuchara los dos lados del litigio, dictaminó la ley práctica a ejecutar, que por cuanto la imprenta de Slavuta había vendido casi todas las copias de los tomos del Talmud que ellos habían impreso, y por cuanto la imprenta de Vilna expresó su disposición a comprar todos los tomos que le quedaran a la imprenta de Slavuta al precio que les impusieran, los impresores de Slavuta no podían impedir la impresión de Vilna, y la familia Ram tenía el derecho de imprimir nuevamente todo el Talmud en Vilna. Ciertamente, hubo varios Rabinos que justificaron la posición de los impresores de Slavuta, pero las palabras del Gaón Ribí Akiva Eiger fueron decisivas en favor de la imprenta de Vilna.

No obstante, Ribí Moshé y sus hijos, al ver que había Rabinos de su lado, escucharon el consejo de personas no correctas, y publicaron que las personas no se podían apoyar en el dictamen de Ribí Akiva Eiger, pues éste ya era anciano y hacía todo lo que su hijo, Ribí Shelomo Eiger, le indicaba hacer. Esta calumnia enervó mucho a Ribí Akiva Eiger, por lo que fue al Bet Haknéset y, de pie, frente al Hejal Hakódesh, dijo con profunda angustia y tristeza: **“¡Amo del Universo! Yo estudio Tu Torá, y solo de acuerdo con Tu Torá dictamino la ley. Aun cuando yo pase por alto mi propio honor, ¡el honor de Tu sagrada Torá no debes pasar por alto!”**. Estas palabras salieron de su sagrada boca, y, aunque sin intención, causaron revuelo.

En aquellos días sucedió algo terrible. Un obrero, cuyo oficio era encuadernar de libros, estaba dedicado a encuadernar libros del Shas de Slavuta. Embriagado y decaído, se ahorcó y murió en la imprenta. Personas del movimiento de La Ilustración aprovecharon dicho suceso para calumniar a los ortodoxos, y dijeron que aquel obrero se había suicidado por culpa de los hermanos dueños de la imprenta.

El gobierno ruso aprovechó la oportunidad y, movidos por el odio a los judíos, detuvieron a los hermanos; realizaron investigaciones incesantes y que se extendieron casi tres años, durante los cuales los dueños de la imprenta estuvieron detenidos en la cárcel, junto a gente baja, ladrones y asesinos, atravesando muchas aflicciones amargas. Al final, el veredicto en su contra fue cruel: los hermanos deberían caminar en medio de dos filas de cientos de soldados armados con látigos y recibir de ellos mil quinientos latigazos. Y si después de aquello, aún permanecían con vida, estaban sentenciados a pasar el resto de su vida en Siberia.

En la víspera de Rosh Jódesh *elul* 5599 (9 de agosto de 1839), se ejecutó el cruel veredicto. En la plaza, se colocaron dos filas de soldados, una frente a la otra, cada fila con doscientos cincuenta soldados armados de látigos. Por el estrecho paso que había entre dichas filas, tenían que pasar los hermanos, tres veces cada uno, y recibir los latigazos y golpes. Los guardias se aproximaron al primero de los hermanos, le quitaron sus ropas, incluso la ropa interior. Lo único que les habían permitido mantener a los hermanos fue la kipá blanca sobre la cabeza, la cual fue la única petición que les concedieron las autoridades rusas. En silencio, el primero de los hermanos encomendó su alma a Dios y, con las manos esposadas, y totalmente desnudo, dio su espalda a los ejecutores.

Tres veces pasó entre las filas de los soldados y permaneció con vida. Después de que fue transportado al hospital, fue el turno de su hermano, quien también soportó los mil quinientos latigazos y golpes. Este cruel veredicto entristeció sobremedida al padre, quien falleció en el año 5600. Luego de muchos esfuerzos y sobornos que hicieron los jasidim de Kóritz y de Slavuta, los hermanos recibieron amnistía del admirador Nicolai, y el exilio a Siberia fue cambiado a cadena perpetua en una cárcel de Moscú. Solo después de la muerte de Nicolai, los hermanos pudieron ver la libertad.

Dichos hermanos aceptaron sobre ellos mismos el decreto; aceptaron el castigo por haber ofendido al Gaón, Ribí Akiva Eiger, y constantemente repetían la Mishná: “Caliéntate a la luz de los Sabios, y ten cuidado de sus brasas, no sea que te quemes; pues su mordida es como la mordida de un zorro; y su picadura, como la picadura de un alacrán; y sus susurros, como el susurro de un ángel; y todas sus palabras como brasas de fuego”.